

# DOCUMENTOS

## Los colmillos perennes

Por D. H. LAWRENCE

La antigua gente tenía una maravillosa pasión por las serpientes y los colmillos, aquí en México. Y después de todo, México es una especie de plexo solar de Norteamérica. La gran cobertura cara pálida no ha clavado ni una media pulgada de raíces en el suelo. Las iglesias y palacios españoles se tambalean, son lo más desvencijado que pueda uno imaginarse, siempre a punto de venirse abajo. Y el peón sonríe todavía su sonrisa indígena detrás de la Cruz. Y hay una viva luz en sus ojos, mucho más que en los ojos del indígena norteno. Conoce a sus dioses...

Es éste un curioso continente. Los antropólogos pueden extraer de los mitos cuanto preciosismo quieran. Pero venid aquí, y veréis que los dioses mordían. Nada hay de la preocupación fálica del antiguo Mediterráneo. Aquí no habían llegado siquiera al sexo cálido. Colmillos, y fríos pliegues de serpiente, y pájaros-serpientes con feroz sangre fría y garras.

Admito mi desconcierto. Siempre hay algo de afablemiente cómico en los dragones y contorsiones chinos. Nada es afablemiente cómico en estos monstruos arcaicos. Pájaros con sangre de serpiente, muerden y se retuercen muy en serio.

Y la blanca superposición española, con el rococó de sus torres eclesiásticas entre los árboles picantes y las columnas de cactus, parece tan raquílica y provisional; las pirámides se antojan tan naturales al levantarse cual colinas de la propia tierra. Lo uno se derrumba con estrépito, lo otro permanece.

Y en esto reside a mi juicio la diferencia entre México y los Estados Unidos. Por esto es, a mi ver, por lo que México exaspera, mientras que los Estados Unidos imponen a uno cierta tensión insoportable. Porque aquí en México los colmillos son obvios todavía. Todo mundo sabe que los dioses van a mordernos dentro de los próximos cinco minutos. En tanto que en los Estados Unidos los dioses se han hecho extraer los dientes y cortar las uñas y rebajar la cola, hasta cobrar el aspecto de mansas ovejas...

De "Au Revoir U.S.A." En *Phoenix: The Posthumous papers of D. H. Lawrence*. London, 1936.

(Traducción de Martín Palma)



"colmillos y fríos pliegues de serpiente"

## Supervivencias de la Atlántida

Por Antonin ARTAUD

En 16 de septiembre, día de la fiesta de la Independencia de México, he visto en Norogáchic, al fondo de la sierra tarahumara, el rito de los reyes de la Atlántida, tal como lo describe Platón en las páginas del *Critias*. Platón habla de un rito extraño al que se entregaban en circunstancias desesperadas para su raza, los reyes de la Atlántida.

Por mítica que se suponga la existencia de la Atlántida, Platón describe a los atlántidas como una raza de origen mágico. Los tarahumaras, a quienes considero descendientes directos de los atlántidas, continúan dedicándose al culto de ritos mágicos.

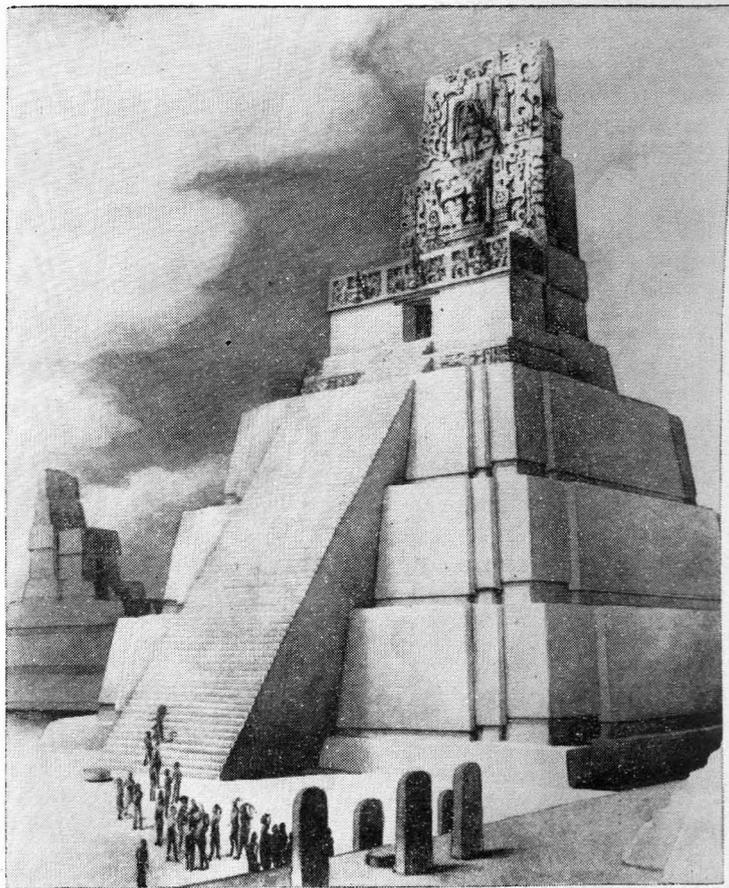
Que vayan a la sierra tarahumara aquellos que no me crean: advertirán que en este país donde la roca ostenta una apariencia y una estructura de fábula, la leyenda se convierte en realidad y que no puede haber realidad fuera de esta fábula. Sé que la existencia de los indios no es del agrado del mundo de ahora y que en presencia de una raza como ésta, por comparación se puede concluir que es la vida moderna la que se encuentra retrasada respecto a algo y no que los indios tarahumaras sean los que se encuentren retrasados en relación con el mundo actual.

Saben que todo adelante, que toda facilidad adquirida en el dominio de una civilización puramente física corresponde a una pérdida en atención al progreso de otra.

Se puede decir, desde luego, que no se plantea la cuestión del progreso en presencia de toda tradición auténtica. Las verdaderas tradiciones no progresan ya que representan el punto avanzado de toda verdad posible. Y el único progreso realizable consiste en conservar la forma y la fuerza de esas tradiciones. A través de los siglos, los tarahumaras han sabido aprender a conservar su virilidad.

Así, pues, volviendo a Platón y a las verdaderas tradiciones esotéricas que manifiestan sus obras escritas, he visto en la sierra tarahumara el rito de esos reyes quiméricos y desesperados.

Cuenta Platón que al ponerse el sol se reunían los reyes de la Atlántida delante de un toro sacrificado. Y mientras que los sirvientes descuartizaban al toro pieza por pieza, otros recogían las piezas vertiendo en copas la sangre. Los reyes bebían esta sangre y se embriagaban cantando una especie de melodía lú-



"culto de ritos mágicos"

gubre hasta que no quedaba en el cielo sino la cabeza del sol moribundo y en la tierra nada más que la cabeza del toro sacrificado. Entonces los reyes se cubrían la cabeza de cenizas. Y su melodía lúgubre cambiaba de tono al mismo tiempo que estrechaban el círculo que formaban. Todo lo que era una invocación al sol se convertía en una especie de reproche amargo, adquiriendo la forma de una contrición pública, de un remordimiento que los reyes expresaban de común acuerdo hasta el momento en que la noche había caído completamente.

Es éste el sentido del rito descrito por Platón. Ahora bien, un poco antes de que el sol se pusiera en Norogáchic, los indios condujeron un buey a la plaza del lugar y después de haberle atado las patas comenzaron a despedazarle el corazón. La sangre fresca era recogida en grandes jarras. No olvidaré fácilmente la mueca de dolor que tenía el buey mientras el cuchillo del indio le despedazaba las entrañas. Los danzantes de "matachines" concurren a reunirse delante del toro y cuando éste estuvo bien muerto iniciaron sus danzas de flores.

Porque los indios bailaban danzas de flores, de libélulas, de pájaros y de otras cosas delante de esta carnicería, y era en verdad un espectáculo extraño el que presentaban dos indios subidos sobre el toro muerto, haciendo brotar la sangre y se-

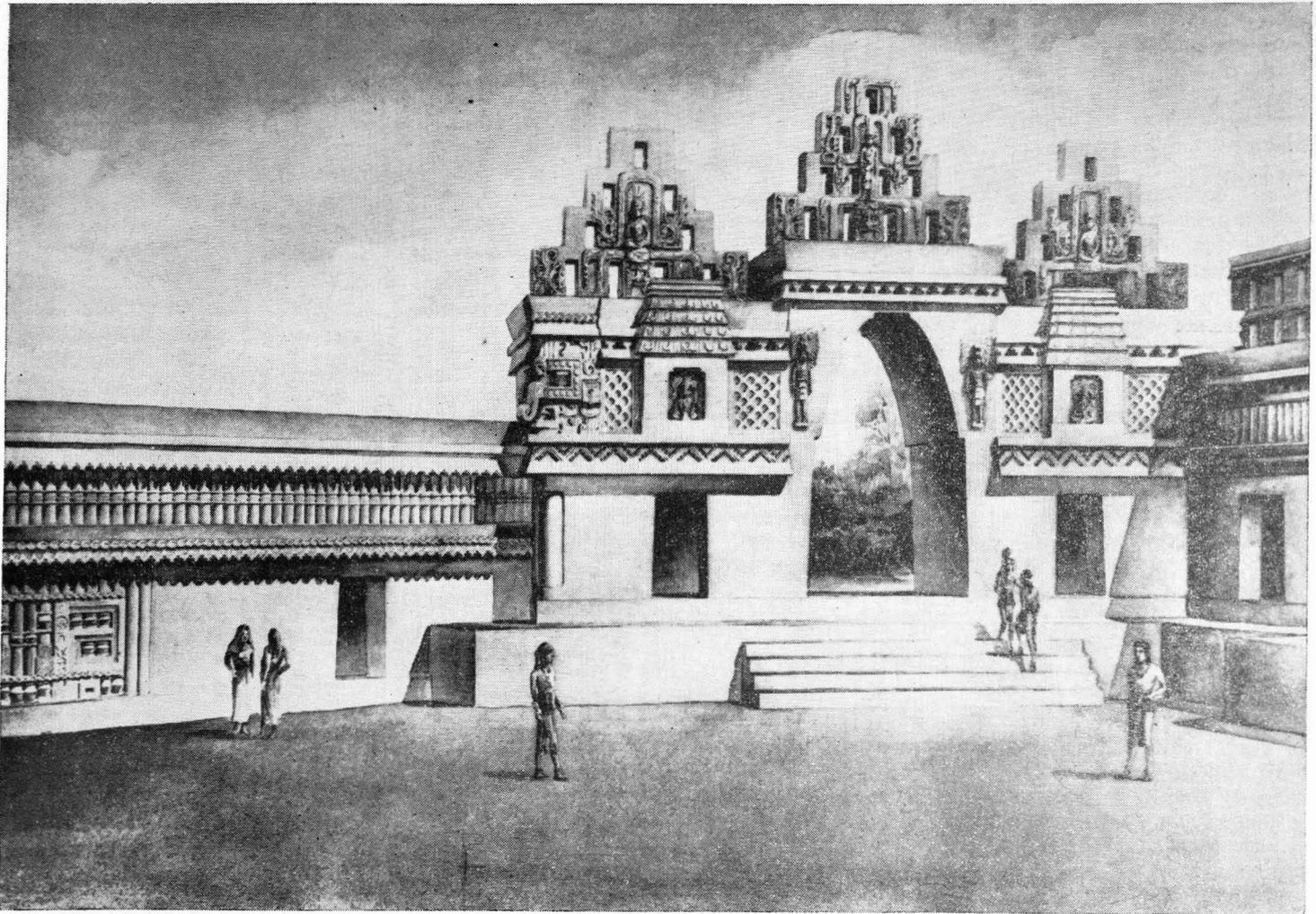
parando las piezas a golpes de hacha, mientras que los otros indios vestidos de reyes y con una corona de espejos en la cabeza ejecutaban sus danzas de libélulas, de pájaros, del viento, de las cosas, de las flores. (...)

Danzaron, de esta manera, hasta la puesta del sol, y mientras que danzaban, otros indios recogieron, pieza a pieza, el cuerpo del toro, dejando sólo en la tierra su cabeza, en el mismo momento en que la cabeza del sol caía en el cielo. Fue entonces cuando los directores de la danza se detuvieron, haciendo círculo en torno de ellos los danzantes. Y todos recomenzaron una especie de melodía lúgubre. Una melodía de remordimientos, de contrición religiosa, llamado secreto de no sé qué fuerzas oscuras, de qué presencias del *más allá*.

Que se piense lo que se quiera de la simulación que intento. En todo caso, como Platón nunca vino a México y los indios tarahumaras jamás lo vieron, precisa aceptar que la idea de este rito sagrado les llegó de la misma fuente fabulosa y prehistórica. Y esto es lo que he pretendido sugerir aquí.

De "El rito de los reyes de la Atlántida".

En Antonin Artaud, *México*. México, UNAM, 1962.



"este rito sagrado les llegó de la misma fuente fabulosa y prehistórica"

## Indigenismo y buenas intenciones

Por Mario VARGAS LLOSA

Los escritores peruanos descubrieron al indio cuatro siglos después que los conquistadores españoles y su comportamiento con él no fue menos criminal que el de Pizarro. Ocurrió hace medio siglo. Era la época del modernismo y lo exótico estaba de moda. Herederos del simbolismo, los novecentistas vivían fascinados por las ciudades lejanas y adoraban los tapices persas, las lacas y sedas de China, los biombos japoneses, la pintura caligráfica. Y, de pronto, descubrieron al alcance de la mano un universo inexplorado, hermético: los Andes. Sobrevino entonces una verdadera inundación en la literatura peruana: los motivos "andinos" anegaron los escritos modernistas, poemas y relatos se poblaron de llamas, vicuñas, huanacos, ponchos, indios, huaynos, chicha y maíz. Ventura García Calderón, que probablemente no había visto un indio en su vida, publicó un libro de cuentos que fue célebre en Europa: *La venganza del cóndor*. Traducido a diez idiomas, valió a su autor ser

mencionado entre los candidatos al Premio Nobel. En esos relatos, García Calderón deleitaba a sus lectores refiriéndoles las costumbres de unos personajes de grandes pómulos cobrizos y labios tumefactos que, en las alturas andinas, fornicaban con llamas blancas y se comían los piojos unos a otros. Casi al mismo tiempo, aparecieron los *Cuentos Andinos* de Enrique López Albújar: un impresionante catálogo de depravaciones sexuales y furios homicidas del indio, al que López Albújar, funcionario del Poder Judicial en distintos lugares del Perú, sólo parece haber visto en el banquillo de los acusados. Y el poeta José Santos Chocano, ese simpático aventurero que ignora los escrúpulos en la literatura y en la vida, comienza a fabricar rimas y sonetos en los que canta a los indios de *soñadora frente y ojos siempre dormidos* y evoca las desdichas de la *raza vencida* con la misma desenvoltura con que adula a Alfonso XIII y al dictador Estrada Cabrera, su protector.

En realidad, ninguno de los modernistas ve en el indio otra cosa que un tema de composición literaria. Todos ellos pertenecen a la burguesía de la costa y en el Perú las clases sociales están separadas desde la Colonia por un sistema de compartimientos estancos: un limeño de clase media puede pasarse la